

PRÓLOGO

TOMÁS CHIVATO PÉREZ
UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO

Vivimos en una sociedad en la que los aspectos materiales, la «información» inabarcable y continua (online gracias a las nuevas tecnologías) y el factor «tiempo» nos pueden sumergir en una situación personal de desasosiego. Lo «urgente» nos impide atender lo «importante». No tenemos tiempo para ser coherentes, para atender como se merecen a nuestras familias y amigos, ni siquiera para que los «cuidadores» puedan «cuidarse» a sí mismos, para poder cuidar a los que lo necesitan.

En ocasiones perdemos la perspectiva de nuestros objetivos vitales. Las ilusiones y vocaciones pueden debilitarse por el cansancio acumulado e incumplimiento de algunas expectativas.

Los espectaculares avances diagnósticos (tomografía por emisión de positrones, diagnóstico molecular, estudios genéticos,...) y terapéuticos (cirugía robótica, trasplantes, implantes, anticuerpos monoclonales,...) han revolucionado el acto médico. Nunca en la Historia de la Humanidad hemos dispuesto de herramientas tan útiles y eficaces. Frente a este incuestionable avance «técnico», estamos retrocediendo, en ocasiones, en otras facetas del acto médico o sanitario.

Considero que la técnica debe acompañarse del tratamiento «humano» de la Medicina. Hoy en día muchos pacientes refieren que no se les mira a los ojos o no se les da la mano cuando están

entrando en la consulta o cuando se termina la visita. Los profesionales estamos muy ocupados/preocupados con la pantalla del ordenador y la agenda de trabajo, la emisión del informe y la prescripción de la receta.

La figura y la obra del Profesor Don Pedro Laín Entralgo ha sido, es y será fuente de inspiración y estudio de todos aquellos que nos preocupamos por el hombre en todas sus dimensiones: física, mental, social y espiritual.

Las innumerables conferencias, importantes artículos e interesantes libros de Don Pedro relacionados con la Historia de la Medicina, la salud, la enfermedad, el hombre, España, la Universidad, la Filosofía o la Antropología son auténticos tesoros que nos permiten profundizar en estos aspectos esenciales.

Durante esta jornada se han abordado en profundidad distintas facetas de Don Pedro. Los organizadores y todos los ponentes han demostrado su profundo conocimiento de la vida y publicaciones de Don Pedro y sobre todo quiero destacar su entusiasmo e ilusión por transmitir dicho conocimiento a alumnos y profesores de la comunidad universitaria.

En estos «tiempos modernos» disponer de «brújulas» es muy importante. La antropología, sin lugar a dudas, es una brújula esencial para no perder el Norte en la relación con nuestros semejantes, con nuestros pacientes y de paso no perdernos nosotros mismos.

Quiero agradecer públicamente y felicitar sinceramente a los Profesores Don José Peña y Don Antonio Piñas por llevar a buen puerto esta interesante iniciativa en nuestra Facultad de Medicina CEU San Pablo de Madrid.

Se atribuye a Don Santiago Ramón y Cajal la frase: «Lo que no se escribe, no existe». En el caso que nos ocupa, se ha escrito y por tanto existe.

LAÍN ENTRALGO: UN HUMANISTA DEL SIGLO XX

JOSÉ PEÑA GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO

El Instituto de Humanidades Ángel Ayala, órgano de la Fundación Universitaria San Pablo CEU y obra de la Asociación Católica de Propagandistas ha organizado en la sede de la Facultad de Medicina de la Universidad CEU San Pablo y con la calurosa acogida de su Decano y equipo decanal una jornada conmemorativa de la labor de Don Pedro Laín Entralgo.

El seminario, bajo el expresivo título de «La Antropología Médica de Pedro Laín Entralgo» ha tenido lugar el día 4 de abril del 2013 y ha sido el fruto de la feliz colaboración entre la Universidad y el Instituto de Humanidades Ángel Ayala. Ambas Instituciones, obra de la ACdP, con idéntico origen y funciones complementarias. La Universidad, en este caso la Facultad de Medicina en la búsqueda de la excelencia académica de sus alumnos. El IHAA colaborando en ello con la impartición de seminarios y cursos que vienen a completar la ya espléndida formación de nuestros alumnos, afrontando temas que por lo apretado y denso de los programas docentes, la Universidad no puede desarrollar. Esta feliz comandita tiene un destinatario único: nuestros discentes, a los que hay que darles la más completa formación y especialización

profesional, en este caso a los futuros médicos. Pero al mismo tiempo una formación complementaria que afecte al planteamiento humanístico propio de un universitario integral. Para ello se ha confeccionado un amplio programa a cargo de los mejores expertos en sus materias respectivas, muchos de ellos Profesores de las llamadas materias CEU que imparte el Instituto y a los que de entrada deseo dar las más expresivas gracias por su colaboración. Pero en primer lugar a la espléndida labor del Decano que ha demostrado una especial sensibilidad por los temas humanísticos y admiración y respeto por la obra de Don Pedro, al igual que el resto de su claustro. No quisiera terminar estas palabras de apertura y presentación, sin agradecer la presencia de Doña Milagro Laín Martínez, que nos hace aún mas viva y presente la obra y trayectoria de su padre. A continuación expondré de la forma más sintética lo que he recogido con el título de mi intervención: la visión de Don Pedro Laín Entralgo como un destacado humanista en la España del siglo xx¹. Mi formación profesional, muy alejada de la Medicina, no ha sido óbice para que siguiera sus pasos y recuerdo con especial interés sus ciclos en la madrileña Sala de las Alhajas, bajo el mecenazgo del Colegio de Eméritos. La vida y obra de Don Pedro siempre me ha interesado y de hecho he publicado algunas páginas con directa referencia a ella.

Parece conveniente iniciar esta exposición con una breve referencia biográfica. Laín nace el día 15 de febrero en Urrea de Gaén y muere en Madrid el cinco de junio de 2001. Una trayectoria vital amplia a la par que fecunda. El turolense acabaría su vida lejos de su tierra natal, tras un bachillerato en el Colegio Mayor San Juan de Ribera de Burjasot, los estudios de medicina en la Facultad de Valencia y el doctorado en Madrid, donde también culminan sus estudios en Ciencias Químicas. Curiosamente el azar ha querido

1 El presente texto recoge casi literalmente la conferencia pronunciada el día 4 de abril en la sede de la Facultad de Medicina de la Universidad CEU San Pablo en su campus de Montepíncipe; habiendo sido revisada la transcripción de la misma por el autor.

que este acto de hoy se celebre a medio camino entre el mes de su nacimiento y el de su muerte.

A Laín le sorprende la guerra civil en la entonces casi recién fundada por la II República Española Universidad Internacional de Santander, preparando un curso de verano. Desde allí y en un barco alemán se traslada a Navarra donde entra en contacto con Fermín Yzurdiaga quien le invita a trasladarse a Burgos junto con Serrano Suñer y Dionisio Ridruejo, formando parte de lo que más tarde se llamaría el «grupo del Arlanzón». Jóvenes de afiliación política falangista en sus orígenes que soñaban con la refacción de España. De su *trabéis política strictu sensu* me ocuparé más tarde. Ocupó importantes cargos en los años iniciales del régimen franquista y junto con Dionisio Ridruejo y Tovar se percató que una vez ganada la guerra hay que organizar la paz desde todos los ángulos posibles pero de modo especial en el campo de la cultura. Hay que recuperar a todos los españoles en una especie de renacionalización en la que sea posible una España inclusiva y nada excluyente en la que todos quepan. Laín ha vivido en su propia familia la división de las dos Españas, dramático destino para los españoles que el poeta Machado aseguraba que una de ellas nos había de «helar el corazón». Su hermano José era un destacado militante del Partido Comunista y combatía en las trincheras de enfrente. En la primera década de los cuarenta con poco más de treinta años acomete empresas de alto voltaje cultural. Funda la Revista *Escorial*, un importante medio de gran altura intelectual, a la que quiso ponerle como título *La Revista de las dos Españas*. Naturalmente la censura no se lo permitió porque en la España franquista solo era posible una y precisamente la que comandaban los vencedores de la guerra civil, ese triste episodio al que el maestro Laín calificaba como el «tajo sangriento que rompe la cultura española en dos mitades irreconciliables», y que tenían la obligación de superar.

Laín lleva a cabo una importante labor intelectual y de pedagogía política. En el ámbito universitario consigue años más tarde

la plaza de Catedrático de Historia de la Medicina en la Central, luego Complutense, de la que llegaría a ser Rector bajo el Ministerio de Joaquín Ruiz Jiménez, al mismo tiempo que Antonio Tovar al frente de la de Salamanca. Se mantiene en el cargo hasta el año 1956, que presenta la dimisión tras los sucesos universitarios. Desde el punto de vista intelectual su retirada de la primera línea de la vida pública, que no de la política, le permite desarrollar una obra amplia y valiosa que le abrirá las puertas de tres Reales Academias: la Española, la de Medicina y la de Historia. En la primera llegaría a ser Director el año 1982 y reelegido en 1985.

Su actividad intelectual iniciada en los años cuarenta con su famosa *España como problema* daría lugar a uno de los debates más enriquecedores de la cultura española de la época. Laín afirmaba que el problema de España era la dramática inhabilidad de los españoles para sentirse mínimamente a gusto bajo las estructuras sociales y políticas en que vivían.

El tema era de un profundo calado en una España que se consideraba gracias a los vencedores como una especie de paraíso terrenal. En contra de esta tesis sale su antiguo condiscípulo en Burjasot y también brillante catedrático de la Central, Rafael Calvo Serer, que sin tapujos niega el problema de España denunciado por Laín y publica su *España sin problema*. En realidad Calvo estaba refutando, más que a Laín, al libro recientemente publicado por Antonio Tovar sobre Menéndez Pelayo con el título *La conciencia de España* (1944) y muy especialmente a la introducción del mismo.

Porque curiosamente sería la obra del polígrafo santanderino la que cogen todos los bandos vencedores de la guerra civil para asentar sobre ella la futura política cultural del régimen franquista. Falangistas y opusdeistas en primer lugar, sumándose pronto la ACdP, por entonces Asociación Católica Nacional de Propagandistas, que se alinea con la *Antología* de Menéndez Pelayo publicada por Sánchez de Muniain con prólogo de Herrera Oria; más los monárquicos que ya en tiempos de Acción Española, habían

hecho de Don Marcelino el icono de una cultura contrarrevolucionaria a la propugnada por los republicanos, de la mano de Pemán, Sainz Rodríguez y el Marqués de Quintanar.

Superada esta etapa, Laín sigue sus vidas académica e intelectual con un altísimo nivel de autoexigencia. En 1957 publica *La espera y la esperanza*, en 1961 *Teoría y realidad del otro*. El año 1964 firma el prólogo a las *Obras Completas* de Don Gregorio Marañón, más tarde publicado en libro con el sugerente título de *Exaltación a la verdad y la libertad en Don Gregorio*, amen de sucesivas ediciones de sus obras sobre Menéndez Pelayo, Cajal, la Generación del 98, etc. Por supuesto sus obras estrictamente clínicas como la *Historia Universal de la Medicina* en siete volúmenes, cuya publicación dirige entre los años 1972 a 1975, de la que tendrán ustedes cumplida información en este Seminario por voces más autorizadas que la mía. Pero entre esta amplia producción bibliográfica yo quisiera destacar ante ustedes su *Descargo de Conciencia* publicada en 1976 y que es una ejemplar biografía intelectual y personal que abarca de 1930 a 1960. Como reconocimiento a toda esta brillantísima travesía personal e intelectual le fue otorgado el Premio Menéndez Pelayo en 1991.

Don Pedro simultaneó su labor docente con su actividad como publicista escribiendo con regularidad en *Gaceta Ilustrada* y el recién aparecido diario *El País*. Conferenciante, académico de asistencia fija, amigo de lo más selecto de la intelectualidad española de su tiempo, de forma especial Américo Castro y Xavier Zubiri, admirador incondicional de Ortega y toda la brillante Generación de 1914, hombre de muchísimas lecturas y profundos conocimientos en casi todas las ramas del saber. Abierto a todas las manifestaciones culturales. Por eso en su obra se puede encontrar desde Kandisky a Velázquez, desde Zubiri a Heidegger y Sartre, desde Einstein a Von Braun o Fleming. Un español razonante y razonable en una época de filias y fobias muy acentuadas. Un incansable «predicador callejero» de la tolerancia y la comprensión como llegó a autodefinirse.

Fue muchas cosas pero me arriesgo ante ustedes a decir que, en mi opinión, fue ante todo un filósofo, capaz de hacer metafísica y antropología a un tiempo y todo ello bajo el paraguas de su condición de humanista.

Bajo este significativo rótulo, se puede, en mi opinión, englobar tres aspectos fundamentales de la vida y obra de Laín acogidos bajo el paraguas omnicomprendivo del Humanismo con el que he titulado mi intervención. En primer lugar su condición de Intelectual con mayúscula, es decir un hombre de pensamiento. Una persona que de los hechos trata de obtener ideas válidas y que mediante esas ideas trata de entender los hechos. Ello le obliga a poner cerco a sus propias convicciones, y reconocer públicamente sus propios errores como hizo en su famoso *Descargo de conciencia* en el que llega a reconocer públicamente que «Nunca he sido franquista, sino falangista». Pero es un intelectual español, un hombre nacido entre el desastre del 98 y el de Annual, al que la triste historia de su Patria le conmociona y le emociona. Que busca apasionadamente la concordia y la reconciliación. Por ello se ve obligado a plantearse intelectualmente el problema de tantos españoles a la muerte de Franco: el dilema entre reforma o ruptura en 1976. Toma una decisión valiente que hace pública, aun a sabiendas que algunos no aceptarían. Como Cervantes sabe que a veces hay que practicar el Quijotismo, pero que siempre nos queda el recurso de afirmar con Don Alonso Quijano el «Yo sé quién soy».

Su amor por la pluralidad y concordia entre los españoles se transforma en pasión en su vida. Sabe de la importancia de la VOZ y del SILENCIO, y firma con rotundidad que ser hombre es bastante más que la bipedestación. Es poder decir «Esto soy y para esto vivo». Podría suscribir con su amigo Ridruejo que hay que estar dispuesto a morir con la conciencia a punto.

Hace de la auténtica amistad un culto que nunca traicionaría. Tovar y Ridruejo son referentes paradigmáticos de la amistad que pregona. Y con Quevedo gustaba repetir los famosos versos:

«Pródigos de la vida de tal suerte / que cuentan por afrentas las edades / y el no morir sin aguardar la muerte». Porque el no morir lainiano es el ir viviendo, realizando nuestro personal e intransferible proyecto vital.

Vive a fondo y a veces angustiado todo lo relativo a la ciencia española y por supuesto a la Universidad. Con su admirado Cajal, el protagonista principal de lo que llamó la «Generación de sabios», junto con Hinojosa, Ribera o Menéndez Pelayo podía preguntarse el «Por qué teniendo España una población superior a la suma de Suiza, Suecia y Holanda, tenemos menos científicos». Respuesta lainiana: Es un problema social. Y en cierto modo va a usar la metodología de un Pierre Vilar y su interpretación marxista de la Historia para encontrar la solución. Hay que buscar a los mejores, al margen de su extracción social. Resuenan los ecos de las elites orteguianas junto a los análisis históricos de Viular o Fontana.

El tema de la Universidad fue prioritario en sus preocupaciones. Escribió muchos artículos sobre el tema siguiendo en gran parte las directrices marcadas por su admirado Ortega, en su *Misión de la Universidad*. El *Alma Mater* como escenario para crear un clima de alta exigencia ética, siempre precisa y hoy más que nunca.

Pero decía que bajo el paraguas del Humanista se acoge también el político que fue más por vocación ética que por ambición de mando. Pensando siempre que los problemas de España podrían resolverse cuando contáramos con una clase política de altura y con planteamientos realistas. Amaba a España y con Terencio podría decir que nada hispánico me es ajeno. Su españolidad le obligaba a asumir toda la historia de España coincidiéramos o no con ella. Defendía a capa y espada una unidad española distinta de la uniformidad preconizada por el franquismo y latente en amplios sectores del país. Acuñó un término muy preciso: La OTREDAD española, donde cabemos todos. Cristianos viejos y erasmistas, soñadores como Jovellanos, y los caballeros

de Azcoitia, y el Conde de Peñafiorida y sus Sociedades de Amigos del País, Cádiz y la reacción fernandina. Afirmaba sin sombra de duda que la otredad es compatible con la discrepancia ideológica. A Don Pedro, un español pensante le permitía ser un español presentable ante mis conciudadanos y ante el mundo.

Predicó sin descanso lo que llamaba la *Teoría de la Moral Civil*: aquella que nos obliga a colaborar en la perfección de todos los grupos sociales de España de tejas para abajo, paso obligado tras un proceso de secularización de nuestra vida social política y cultural, frente a la «moral de casino», visión superficial de España que mira hacia otro lado cuando las cosas vienen mal y que cuando vienen bien arregla España en cinco minutos entre sorbito y sorbo de café y chupada y chupada de cigarro, como denunció Azaña en los años veinte. Y si les dejas diez minutos arreglan el mundo.

Subrayó siempre la importancia de la educación. Afirmaba que en nuestra patria se habían sucedido tres intentos fallidos en este terreno. En primer lugar el llevado a cabo en el siglo XVIII, por los Ilustrados y las Sociedades Económicas de Amigos del País. La reacción fernandina de 1814 acaba con ello. Durante el siglo XIX el gran proyecto de la Institución Libre de Enseñanza. El sueño gineriano vigente de 1876 hasta 1936. En 1939 la derecha española desconcertada y temerosa reculó estrepitosamente y acabó con ella. Por último, ya en el siglo XX, el intento de la llamada Generación de 1914. Una generación egregia acaudillada por Ortega y Gasset que tiene como fecha de referencia la publicación del primer libro del filósofo de Madrid: *Las Meditaciones del Quijote*.

En esos tres momentos Estado y Sociedad actúan de consuno. Gobierno y pueblo coinciden en sus objetivos finales. Laín gusta de señalar el papel de los científicos españoles y el de la medicina en particular. Destaca el papel de la ciencia. Exalta las figuras de Millas Vallicrosa, Juan Vernet, López Piñero, Peset, etc., en su esfuerzo de reivindicación de la obra de nuestros antecesores. Recuerda con orgullo a compañeros y maestros. La maestría

indiscutible de Don Teófilo Hernando, titular de varias Cátedras entre ellas una hoy desaparecida de los planes de estudios: «La cátedra del arte de recetar» en el viejo Hospital de San Carlos en la Central. Reivindicación de los Doctores Achucarro, Novoa Santos, Pi Suñer, Rio-Hortega, Labora, Sánchez Covisa, etc.

Ellos con Cajal como fuente de inspiración llevaron a cabo una obra de pedagogía política que Laín no olvidaría nunca. Supieron pasar del quijotismo que levantaron como estandarte la generación del 98 con Don Santiago Ramón y Cajal a la cabeza, no solo en su obra científica, sino en escritos de fuerte contenido social como su autobiografía *El mundo visto a los ochenta años* y *Conversaciones de café*. Que reflejan las dificultades para hacer ciencia debidas en gran parte a la mala clase política que sufría España. «El quijote del microscopio» como sería denominado nuestro Nobel en Histología asume el tránsito del quijotismo juvenil al Cervantinismo. Es decir la necesidad de que los políticos de turno sean capaces de crear las condiciones sociales que hagan posible esa gran empresa colectiva que la ciencia y España necesita. «Que no se pierdan los talentos como los ríos en la mar» según la famosa expresión del médico aragonés. Esta tesis la intentaría llevar a cabo Ortega y sus compañeros de generación. Laín, consciente de la importancia de la inteligencia hace suya la expresión del sabio renacentista inglés: «Tanto podemos como sabemos». Gran lema de Francis Bacon, Lord de Verulamio, que desde siempre ha sido el santo y seña de los devotos del poder concreto.

Pero señalábamos antes que a su condición de intelectual y político hay que añadir su condición de español. Español egregio y con la máxima entrega. Español hasta los tuétanos. Asumiendo la herencia española y considerándose discípulo de los humanistas del XVI, los novatores del XVIII, los sabios de la Restauración (Cajal, Menéndez P., Hinojosa, Ribera), de los hombres del 98 (Maragall, Asín Palacios, Menéndez Pidal), de los del 14 (Ortega, Zubiri, Marañón, Castro, Hernando, Río Hortega, etc.). Un español por estricta convicción. *Ego sum homo mea voluntate*,

podría decir con el aquinatense, y parafrasearlo al estilo lainiano: *Hispanus sum mea voluntate*.

Orgulloso de su herencia española. De Cervantes a Lorca. De Teresa a Clara Campoamor. De Velázquez a Picasso y Juan Gris.

Este español auténtico sabe que su condición de intelectual comprometido no le exime de aportar soluciones. Y para Don Pedro era vital encontrar una fórmula para la convivencia. Y nos da su receta: Aceptación de lo aceptable, revisión de lo revisable y proyección de lo proyectable. Fórmula que hace pública con gran valentía cuando empieza a debatirse en España el tema del llamado estado de las Autonomías y el famoso artículo segundo de la Constitución española en el debate constituyente de 1978, en sendos artículos publicados en el diario *El País*. Laín hace suyo el lema orteguiano que el Maestro expuso en 1932 en el debate sobre el Estatuto de Cataluña en línea con Menéndez Pidal y Unamuno y en contra de Azaña. También hoy, cree Laín, es aceptable la fórmula orteguiana de la «conllevancia» como remedio a la invertebración de España. Acontecimientos posteriores dejarían latente este problema que reaparecería cuando España recobrar su condición democrática. Es decir cuando tuviera lugar lo que su amigo Julián Marías llamaba «La devolución de España».

El problema de la guerra, ese llamado por Laín «tajo brutal entre los españoles» que afectó gravemente a nuestra cultura dio lugar a una salida política más que a una solución en el tema de la organización territorial del estado que habría de resucitar con fuerza en los últimos años del franquismo. Aquella guerra civil, «la de los justamente vencidos e injustamente vencedores» como la definió Julián Marías, no resolvió el problema sino que lo ocultó y lo postergó en el tiempo.

Laín cree que hace falta un esfuerzo colectivo que nos permita recuperar nuestra posición en el mundo al que pertenecemos. Hay que salir del individualismo quevediano. De aquellos tristes, aunque muy ajustados y reales a la forma de ser española, ver-sos que escribió Don Francisco de Quevedo: «Vive para ti solo si

puvieres / porque solo para ti si mueres, mueres». Morimos para nosotros mismos pero también para los demás, para la sociedad y para la historia. Don Pedro siempre creyó que habíamos llegado a ese estadio histórico donde se pueden volver a llevar a cabo grandes empresas colectivas como hicimos en nuestros siglos áureos, en lo que Spengler llamaba «el siglo español» ese que empieza con el descubrimiento de América y termina con la publicación en 1605 de la primera parte del Quijote. Tenía confianza en que los nuevos españoles podrían asumir esta tarea. Creía en el esfuerzo colectivo. Tenía Fe en los demás, y estaba dispuesto a asumir lo que Platón llama «el bello riesgo de creer». Un humanista de los pies a la cabeza, que no en balde fue Director de los Cursos de Humanidades de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Para concluir, porque ya he agotado mi tiempo y no deseo acabar con vuestra paciencia, resaltar como colofón el sentido humanista que impregnó su vida. Lo que llamaba «la travesía vital». Podía decir con los clásicos aquello de que «Nada humano me es ajeno» y que «El hombre es la medida de todas las cosas de lo que es y de lo que no es». Con la tradición romana afirmar que *Res sacra homo* y porque el hombre es algo sagrado estamos obligados a preservar su dignidad a toda costa. Aceptar la fórmula del gran emperador hispánico Adriano que puso como lema de su vida y su obra tres palabras cargadas de sentido: *Humanitas, Felicitas y Libertas*, y entender la vida como un convivir y la existencia como una coexistencia con nuestros semejantes. Este hombre, un intelectual español de muchos quilates, platónico y aristotélico a un tiempo, pero también profundamente agustiniano, podía con todo el derecho del mundo hacer suya la afirmación de su amigo López Aranguren: En la vida hay que procurar ser «Solidariamente solitario y solitariamente solidario». Personalmente creo que lo consiguió.